

LOS VALORES DE SUFICIENCIA Y AUSTERIDAD (EN EL CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE SOSTENIBILIDAD)

¿Es posible la austeridad voluntaria en un mundo que se hunde en la insostenibilidad ecológica?

Joaquim SEMPERE

La austeridad voluntaria (AV) ha existido en la historia humana principalmente como ejercicio moral de autodominio, como esfuerzo para probarse a uno mismo la capacidad para resistir a las tentaciones placenteras y para gobernarse con la razón y las facultades superiores de la mente humana por encima de las pulsiones hedónicas inmediatas y primarias. La austeridad voluntaria se ha cultivado en contextos religiosos (como sacrificio de entrega, como sumisión, etc.) pero también laicos (como ejercicio moral de autodominio y autocontrol, de libertad interior frente a los anzuelos del placer exterior, etc., en filosofías como el estoicismo, el cinismo y el epicureísmo de la antigua Grecia).

Fuera de estos casos, la AV suele estar asociada con el ahorro destinado a finalidades económicas propias.

En el caso aquí considerado nos encontramos ante una situación histórica inédita, en que el despilfarro colectivo en el aprovechamiento de unos recursos naturales crecientemente escasos pone en peligro la supervivencia de la humanidad, o por lo menos su supervivencia civilizada. En este nuevo contexto ¿es posible una AV que trate de evitar esta tragedia anunciada? A primera vista, puede parecer que la magnitud de los riesgos incurridos introduce un factor nuevo que podría impulsar una nueva ética sobre bases distintas de las mencionadas, es decir, no centradas en motivaciones religiosas ni de formación del carácter, sino en motivaciones de salvación colectiva (sin que estas motivaciones sean incompatibles con las otras). Su dificultad principal consiste en someterse a una privación individual en aras de un beneficio colectivo. Pero incluso si se asume la necesidad de perseguir un beneficio colectivo, hay barreras que impiden percibir ese beneficio colectivo y contrastarlo con el sacrificio individual. Una dificultad deriva de las incertidumbres inherentes a la situación vivida hasta hoy. La metáfora del nenúfar que duplica su superficie cada día ilustra cómo en situaciones de crecimiento exponencial, los procesos se aceleran con gran rapidez en las etapas finales cercanas a la catástrofe. Una segunda dificultad deriva de lo que se ha llamado “tiranía de las pequeñas decisiones”, que consiste en lo siguiente. Los procesos que cuentan en la degradación ambiental suelen ser resultados agregados de acciones individuales múltiples y dispersas, cada una de ellas de efectos infinitesimales, de modo que es difícil percibir individualmente la relación entre el acto individual y los efectos agregados –a diferencia de lo que le ocurre al fumador, que puede fácilmente contrastar su hábito de fumar con las consecuencias desagradables o nocivas para su propia salud. Si voy caminando al trabajo dejando el automóvil en casa, la disminución de la contaminación por CO₂ será inapreciable, de modo que no me sentiré motivado a evitarla. Como esta desconexión entre acción individual y efectos agregados se da en todas las personas, se producirá una contaminación apreciable como resultado de la suma de millones de pequeñas decisiones en sí insignificantes. Se incurre en malas prácticas por la dificultad de percepción de sus efectos agregados. (Prefiero llamar a este fenómeno “poder opaco” en vez de “tiranía”, ya que puede aplicarse, mediante una

toma de conciencia colectiva, a la obtención de un resultado deliberado y positivo, que suprima la opacidad.) Una tercera dificultad deriva del hecho de que en procesos en los que interviene una gran multiplicidad de actores independientes unos de otros, nunca se puede estar seguro de las conductas de los demás, de modo que al tener que optar entre conducta solidaria o insolidaria (en este caso, asociada a austera o dispendiosa) sin saber cómo reaccionarán los demás, la conducta con mayor racionalidad colectiva (y a largo plazo) tiene pocas probabilidades de generalizarse. La racionalidad colectiva queda mejor garantizada mediante medidas coactivas que se apliquen sin excepción.

Ocasionalmente, y de manera excepcional, se han conocido experiencias colectivas de autolimitación del consumo. Se pueden mencionar, entre otras, el vegetarianismo y naturismo de ciertas colectividades anarquistas, el modo de vida *hippy* o el modo de vida de la comunidad metodista *amish* en el estado de Pennsylvania, todas ellas acaecidas en el siglo XX, aunque los *amish* existen desde el siglo XVIII. Tienen en común la comunidad ideológica o religiosa, que les confiere una motivación poderosa, pero también tienen en común otro rasgo: en los tres casos la AV se practica *comunitariamente*. Este es un rasgo que merece destacarse porque ilustra un teorema de la teoría de las necesidades según el cual los individuos tienen la necesidad psicosocial de reconocimiento y pertenencia a una comunidad, de modo que los hábitos de la vida requieren el apoyo de una comunidad en la que sentirse reconocido y aceptado. Fuera de la comunidad los hábitos que rompen con los generalmente admitidos tienden a desaparecer bajo la presión mimetizadora. De esta observación se puede inferir que cualquier cambio de hábitos sólo tendrá lugar de una manera estable si viene apoyada por una comunidad suficientemente amplia.

Los experimentos sociales de transformación de los hábitos de consumo con intencionalidad ecologista han tenido escasos efectos reales. No se pueden mantener mucho tiempo y sucumben a la presión –poderosa y expansiva– del entorno (consumista e insostenible ecológicamente) y no muestran capacidad de difusión, es decir, de generar conductas renovadoras en ese entorno.

En cambio, sí se conocen muchos casos de sistemas de necesidades que adoptan la austeridad obligada debida a situaciones impuestas, como guerras, carestías, hambrunas, sequías u otros desastres. La plasticidad de las conductas humanas que estas situaciones implican permite abrigar cierto optimismo respecto de la posibilidad de cambios conductuales, especialmente cuando las necesidades materiales estrictas están sobradamente satisfechas, y por tanto se pueden reducir los dispendios innecesarios sin afectar demasiado a los necesarios. Pero estas situaciones no dicen nada acerca de la posibilidad de una AV. En estos casos, por supuesto, como el contraste entre lo necesario y lo superfluo se acentúa y cada categoría o clase social tiene un acceso desigual a los recursos escasos, pueden aparecer conflictos distributivos nuevos.

A la luz de estas dificultades, la AV –fuera de casos minoritarios y aislados de comunidades fuertemente integradas en torno a un ideal político o religioso— aparece como una salida altamente improbable. Pero habría que distinguir entre dos rangos muy diferenciados de AV. El primero es el de personas y grupos minoritarios que comprenden la gravedad de la crisis ecológica y actúan en consecuencia adoptando prácticas frugales (en el transporte, optando por ir a pie o en bicicleta y por viajar menos, en la dieta, reduciendo el consumo de carne, adoptando medidas de ahorro de agua y energía, etc.). Esta AV existe e incluso crece en volumen, pero no tiene

capacidad, hoy por hoy, para transformar de raíz el modelo de consumo dominante. El segundo es la AV masiva y generalizada: ésta es totalmente inviable. La única austeridad viable para sociedades enteras es la austeridad impuesta.

Pero no es preciso que la imposición sea externa a la sociedad: ésta puede optar por autoimponerse medidas de austeridad decididas mediante mecanismos democráticos. En este caso tenemos una voluntariedad de segundo grado, es decir, una voluntariedad en la formación de las preferencias colectivas que se imponen a los individuos. En este escenario, los individuos no practican conductas voluntarias (en el sentido de una *voluntariedad de primer grado*), sino impuestas; pero quien las impone no es una autoridad externa a la sociedad, sino la “voluntad colectiva” que emerge de la sociedad misma a través de mecanismos de decisión que se asumen como vinculantes para los miembros de la sociedad (*voluntariedad de segundo grado*). Como es bien conocido, para evitar situaciones de “dilema del prisionero” que desembocan en resultados subóptimos para los participantes en el juego, se pueden imponer reglas que eviten o desanimen las conductas insolidarias, que desincentiven las estrategias del gorrón o *free rider* y consigan generalizar conductas cooperativas. Veamos algunas de estas posibles formas de conducta que permiten avanzar hacia una austeridad no voluntaria pero voluntariamente autoimpuesta por la colectividad. Voy a centrar mi intervención en ellas porque en condiciones de urgencia es obligado buscar las vías que puedan llevar del modo más expedito a resultados tangibles. Luego volveré sobre las formas minoritarias de AV, que también tienen un papel importante, pero distinto.

1. **Ecoeficiencia.** La ecoeficiencia —esto es, hacer lo mismo con menos recursos y menos degradación ambiental— logra el resultado buscado de la austeridad: reducir el impacto ambiental de las actividades humanas. Debe quedar claro que la ecoeficiencia es una condición facilitadora del fin perseguido, pero no suficiente. Si la ecoeficiencia se acompaña de un aumento del consumo, el balance global puede ser la continuación de la degradación ambiental. Sabemos que en un mundo finito lo que cuenta es el volumen absoluto de los impactos, no la mejora relativa. Si se reduce a la mitad el gasto energético por kilómetro recorrido (por un medio mecánico de transporte), tiene lugar una mejora relativa, pero aumenta más del doble la cantidad absoluta de km recorridos, el impacto ambiental (en este caso correspondiente al consumo de energía) habrá empeorado. Por otra parte, hay que vigilar para que con las mejoras en eficiencia no se traduzcan en un “efecto rebote” debido al incentivo que supone el abaratamiento para consumir más.

2. **Durabilidad y reparabilidad.** Los artefactos que duran más prestan los mismos servicios con menos recursos físicos invertidos en ellos, en su fabricación, transporte y desguace. Si están hechos de modo que puedan ser reparados fácilmente cuando se estropean, también tiene lugar un ahorro de recursos. El mundo del capitalismo consumista es el mundo de lo efímero, de artefactos con breve ciclo de vida. (Naturalmente, esto tiene que ver con los precios que se pagan por los factores productivos y los procesos de producción: se desechan sin reparar la mayoría de artefactos porque el coste de la mano de obra es muy alto, la parte de la mano de obra en el coste del producto acabado es muy pequeña y el coste de los recursos naturales es muy bajo.) Se trata de acabar con la industria de lo efímero, con la cultura del usar-y-tirar. (¿Qué pasa con la chatarrería informática, que se desecha con una celeridad asombrosa? ¿No se podría funcionar con un hardware versátil y duradero, complementándolo con software cambiante?)

3. Evitar la sobreadquisición de artefactos. Transporte colectivo. Se puede consumir de muchas maneras. En nuestra sociedad se ha impuesto un estilo individualista extremo, donde cada hogar es una fortaleza equipada con todos los artefactos que ofrece el mercado, aunque se usen muy poco y estén ociosos la mayor parte de su vida útil. La individualización del consumo incluso ha progresado en el interior mismo del hogar-fortaleza: hay varios TVs, equipos musicales, teléfonos (varios móviles además del fijo), etc. en cada hogar, uno para cada miembro de la familia. Pero algunos (o mejor: muchos) de los bienes de consumo duradero podrían compartirse, y así se evitaría la proliferación innecesaria de la cohorte de esclavos mecánicos que nos hacen cómoda la vida. Se pueden compartir lavadoras para la ropa, cajas de herramientas domésticas, batidoras, licuadoras, automóviles (con el procedimiento del alquiler o del *car-sharing*), aunque en muchos casos lo mejor es prescindir totalmente de los artefactos no estrictamente necesarios y preferir los aparatos manuales. En general, el uso individual o colectivo de los bienes de consumo duradero no viene predeterminado por sus características técnicas, de modo que se pueden adaptar a usos colectivos. (Para ser rigurosos, hay que reconocer que un uso más intensivo de una máquina acorta su vida, y esto hay que tenerlo en cuenta a la hora de evaluar qué resulta más ahorrativo, si un uso individual o uno colectivo.) En nuestras sociedades, el resultado del uso individual generalizado es una sobreadquisición de bienes de equipo domésticos o un sobreequipamiento de los hogares. Un caso particular que merece tratamiento diferenciado es el del transporte colectivo como alternativa al sobreequipamiento y al despilfarro energético que supone el automóvil privado. Pero es un tema muy estudiado y conocido.

4. Políticas de la demanda. En el marco de la gestión de los recursos naturales, especialmente el agua y la energía, se polemiza desde posturas sostenibilistas contra una inercia de los gobiernos consistente en planificar la oferta de esos recursos en función de la demanda previsible calculada por extrapolación de la demanda presente. Se objeta a este proceder que nos hemos acostumbrados a unos usos indebidos y despilfarradores, y que por lo tanto la obligación primera de los gobiernos es *influir, ante todo, en la demanda*, y sólo después ajustar las previsiones de suministro futuro a las nuevas demandas incentivadas por los gobiernos. A este proceder se le llama “política de demanda”, frente a las “políticas de oferta” de hoy. Para influir en la demanda en un sentido restrictivo y ahorrador hay múltiples formas de intervención: reciclar o recircular el agua, riego por goteo, mantenimiento de las conducciones sin escapes, fomento de la eficiencia energética en viviendas y maquinaria, etc. Para estas finalidades son esenciales la educación de la población y el precio de los recursos. (Hay ciudades españolas donde las sucesivas campañas para el ahorro del agua han tenido efectos sensibles: se han detectado disminuciones significativas en el consumo de agua.) Las políticas de demanda son una respuesta racional y un ejemplo de definición pública de las necesidades colectivas (basada en la asunción de la gente de que hay realmente un problema, lo cual depende de una buena política informativa y educativa).

5. Reforzar el Estado protector. El Estado del bienestar satisface necesidades básicas de educación, salud, asistencia social y seguridad frente las adversidades de la vida (enfermedad, accidente, minusvalía, paro, vejez). Es un instrumento importante para desmercantilizar todos estos servicios que el EB suministra, y por lo tanto para sustraerlos a la lógica del consumismo, del fomento indiscriminado del consumo por parte del gran capital. Naturalmente, para que el EB cumpla una función ahorrativa,

debe racionalizar su funcionamiento. Por ejemplo, en la sanidad, minimizar los gastos curativos frente a los preventivos (un caso claro es el despilfarro en fármacos, a menudo innecesarios si hubiese una ratio más alta de personal sanitario y unos tratamientos más personalizados). En todo caso, el EB es otro ejemplo de definición pública de necesidades colectivas.

6. Políticas racionales y sostenibles de la ciencia y del desarrollo científico-técnico.

No se puede someter, como se hace hoy, a la sociedad a una invasión permanente de innovaciones indiscriminadas. Entre otros efectos, está el de la *obsolescencia técnica*: muchos artefactos que no han agotado su vida útil tienen que desecharse porque el mercado ofrece otros con prestaciones muy superiores y obliga a su sustitución (también porque no se fabrican de modo que se puedan adaptar los viejos a las nuevas técnicas y prestaciones). Esto supone un despilfarro enorme de recursos y energía, una producción masiva de residuos y contaminación. Harían falta organismos públicos de evaluación de los impactos ambientales y humanos que lanzaran grandes debates públicos destinados a tomar decisiones razonadas para orientar las aplicaciones productivas de las innovaciones.

Algunos otros principios generales

Igualdad

Las tendencias adquisitivas tienen mucho que ver con la competición social por signos de status (“no ser ni tener menos que el vecino”). Muchos bienes se poseen no por su utilidad sino por su carácter *posicional* (Hirsch). Cuanto mayores son las desigualdades de renta y de status, más se promueven esas tendencias adquisitivas. Por eso la igualdad es una buena fórmula no sólo para la equidad social, sino también para reducir la huella ecológica de los particulares, pues el aumento de las desigualdades pone en manos de los ricos más poder adquisitivo que puede traducirse en más y mayores lujos, y a la vez pone ante los menos ricos nuevos acicates para imprimir una nueva aceleración a sus compras. Se produce así un efecto de crecimiento en espiral de los consumos.

Seguridad

La búsqueda de seguridad en un contexto individualista y ante una crisis aparentemente imparable de los mecanismos de la seguridad social alienta a las gentes a dotarse de bienes patrimoniales para la etapa final de la vida. Si los sistemas públicos de pensiones están en peligro o si los subsidios de vejez/jubilación van a ser muy bajos, las personas particulares están invitados a hacerse sus planes privados de pensiones y a aumentar su patrimonio. Por implicación, una seguridad social garantizada y sólida eliminaría esta preocupación por la seguridad y desincentivaría el deseo de acumular bienes patrimoniales (que a menudo implican impactos ambientales, señaladamente la proliferación de viviendas y segundas o terceras residencias como bienes de inversión).

Desarrollo personal

Las necesidades psicosociales (de pertenencia a la comunidad, reconocimiento, participación en la colectividad, autonomía personal, autorrealización) son tan importantes o más que las necesidades biológicas. En el fondo, se manifiestan en íntima vinculación unas con otras. La política de las necesidades no sólo no debe olvidar estas dimensiones, sino que debe partir de que estas necesidades son fundamentales. El

reconocimiento o la autorrealización se pueden conseguir con dotaciones sumamente variadas de recursos materiales y de bienes manufacturados. La austeridad y la suficiencia son, en sí mismas, perfectamente compatibles con niveles elevados de satisfacción de esas necesidades psicosociales. Hay ahí un enorme campo por recorrer.

Las iniciativas personales de AV

Como ya se ha dicho, aunque las iniciativas personales de AV han mostrado tener poca capacidad de difusión y, por tanto, fracasan por sí mismas como instrumento de transformación de toda la sociedad, en cambio sirven para mostrar que incluso hoy, en un contexto adverso, la AV permite vivir e incluso mejorar la calidad personal y moral de vida. Junto con la información, la educación y el debate público, la AV es un factor de educación popular. A la vez, la educación en la AV es un factor decisivo para que las políticas de austeridad impuestas alcancen un consenso creciente. Un mal escenario posible es el de la existencia de políticas de austeridad impuestas (aunque sea con un consenso político amplio) que se acepten a regañadientes, con resistencias y de mala gana, pues así es cómo se reproducen unas condiciones psicológicas que ponen en peligro las conquistas que se vayan logrando, ya que toda política aprobada en un momento determinado puede ser revocada más adelante. Una sociedad ecológicamente sostenible sólo será estable si se dota de una moralidad dominante de frugalidad y suficiencia, si estos valores y las prioridades que implican se aceptan como los mejores. (Puede ayudar a esto establecer una competencia por signos de status moral superior que recompensen moralmente la frugalidad, frente a la actual situación de recompensa moral de la riqueza material. Se trataría de ponerse a competir en el terreno de la frugalidad y lograr que despilfarrar tuviera mala prensa.)

Desarrollar una cultura de la parquedad, la parsimonia, la autolimitación y la suficiencia, y que valore las necesidades psicosociales. El consumo excesivo a veces compensa otras insatisfacciones y frustraciones. Quien lleva una vida satisfactoria en lo emocional, afectivo, cultural, intelectual... probablemente está mejor predisposto a resistir las tentaciones consumistas.

Una autorregulación colectiva de las necesidades

Frente a la formación alienada de las necesidades, que vienen configuradas sobre todo por el aparato productivo controlado por actores privados que buscan maximizar sus beneficios crematísticos a cualquier coste humano y ambiental, hace falta establecer valores, prioridades, instituciones e instrumentos que permitan una formación *autónoma* y *colectiva* de las necesidades. Esto se puede llamar “autorregulación colectiva de las necesidades”, y sería el marco en el que sería aparentemente posible plantearse con éxito la implantación de la austeridad en las conductas económicas de las gentes. Esta austeridad, como hemos visto, debería combinar aspectos voluntarios con otros impuestos.

[Una observación: En el fondo aquí se ha partido de que unos buenos hábitos –austeros, saludables y ecológicos— de consumo dependen de unas buenas prácticas productivas. Consumo y producción no pueden separarse, son dos caras de una misma moneda. En esta intervención lo que se ha hecho es subrayar las facetas relacionadas con el consumo; pero no deben verse aisladas de la esfera productiva.]